

EL MES DIPLOMATICO: REAPARECE LENIN

Quando se escriben estas líneas la gran prensa mundial continúa en su juego de interpretar las novísimas decisiones del Kremlin. Las palabras de los jefes, las de Bulganin o las de Krustchev o Mikoyan, se analizan detalladamente y se estudian con morosidad. La pléyade de especialistas que pretenden penetrar el pensamiento y las intenciones de los dueños de los destinos soviéticos, toman rigurosamente por turno la palabra. Es curioso señalar que sus perentorios juicios llegan a las más diversas conclusiones. En cierta medida, se tiene la impresión de que las autoridades internacionales—en particular las que creían no hace mucho en la coexistencia pacífica—apenas se diferencian de los gitanos que intentan leer el porvenir en los posos del café o en las líneas quirománticas de la mano. Porque la mayoría de las informaciones confidenciales que ellos se precian de poseer carecen de toda comprobación posible. Con ello no queremos significar que no sean alguna vez verídicas. Incluso los gitanos aciertan de cuando en cuando a predecir acontecimientos asombrosos. Pero es no menos cierto que un análisis exacto de la evolución política mundial no puede basarse sobre hechos poco ciertos. Porque, sobre todo, si pretendemos juzgar una situación de la gravedad de las relaciones entre Rusia y sus aliados de una parte, y el mundo libre de otra, no nos asiste el derecho de correr el riesgo de equivocarnos. Ciertamente que nadie está inmunizado contra el error. Sobre todo, cabe juzgar equivocadamente las perspectivas. Y tanto más, si no nos basamos en hechos rigurosamente comprobables, correremos menos el peligro de extraviarnos, que si aceptamos simplemente esas informaciones exclusivas y secretas de las que raramente conocemos su exacta procedencia y sus auténticos móviles. Sobre todo, no hemos de olvidar nunca que el Kremlin mantiene una organización especial en su Ministerio de Propaganda, cuyo fin exclusivo consiste en difundir informaciones falsas con el propósito exclusivo de confundir al adversario.

Por consiguiente, si pretendemos interpretar la nueva línea del partido comunista, mejor será partir de premisas rigurosamente ciertas. Estas premisas no faltan, desde luego, pese a una creencia popular muy extendida. Porque la URSS no es el misterio impenetrable de que se habla con excesiva facilidad.

Los rusos, incluso los mismos rusos, son seres humanos. No más que en otras naciones, los rusos no gustan de guardar secretos. Entre

ellos también se cometen indiscreciones. Por supuesto, estas indiscreciones son casi siempre legales. Porque no son la resultante de actividades subversivas o de espionaje. Como decía recientemente uno de los más encumbrados oficiales de un servicio de información occidental: “Los secretos de Estado no existen. La única diferencia entre Moscú y Wáshington a este respecto estriba en que en Wáshington se hacen públicos en la mañana del día siguiente, y en Moscú, por el contrario, se conocerán tres semanas después.”

En el caso concreto que nos ocupa hoy, disponemos por supuesto de hechos comprobados.

* * *

Si estudiamos la historia de la URSS desde sus inicios en 1917 hasta el presente, o sea un período de casi cuarenta años, no dejará de sorprendernos algo: la continuidad en la línea fundamental de la política soviética. Si reconsideramos hoy día los primeros discursos de Lenin, y sobre todos su famosa alocución radiofónica dirigida “A todos”, nos encontraremos con todos los elementos esenciales de la política interior e internacional del régimen comunista. Ciertamente que algunas circunstancias han sufrido variación. Pero, no obstante, los dogmas sobre los cuales se cimentó la anti-iglesia del Kremlin son hoy los mismos de entonces.

En cuanto concierne más especialmente a la política internacional—la que nos ocupa en este momento—, su base misma es la doctrina de la “revolución mundial”, es decir, la intención expresada por el Kremlin de reinar un día sobre el mundo entero. El mismo nombre de “revolución” ha originado por supuesto ciertos errores de interpretación. Porque el término de “revolución” en nuestro lenguaje común significa un movimiento violento e interior. En consecuencia, nos hemos inclinado excesivamente a ocuparnos en exclusiva de los partidos comunistas. Pero si, no obstante, repasamos los escritos y los discursos del profeta Lenin, veremos que en su pensamiento la idea de “revolución” ha de interpretarse en su sentido más elástico y extensivo. Porque su contenido abarca todas las acciones nacionales e internacionales que tienden a establecer el régimen comunista en los países que no lo aceptaron todavía, y a aumentar la potencia de la URSS. Su ideología incluye todos los medios: militares, diplomáticos, propagandistas, políticos, terroristas y económicos. Ninguno de ellos queda excluido. Y su empleo no dependerá de su utilidad momentánea. Los discípulos de Lenin tienen campo abierto a su elección, al hilo de la situa-

ción a la que han de enfrentarse. Y serán más libres, porque para ellos no cuentan los límites impuestos por la moral. En verdad, para el mundo comunista el fin justifica los medios.

Este concepto leninista de la "revolución mundial" es, desde luego, idéntico al de todos los jefes de la URSS. No había transcurrido un año después de 1917, y la jerarquía suprema de Rusia reiteraba públicamente su adhesión a la idea matriz. Nada tiene de misterioso el hecho. Pueden releerse las páginas de *Pravda* e *Izvestia* de entonces. Se trata de un rito que no fué abandonado incluso durante la segunda guerra mundial cuando el dictador del Kremlin necesitaba entonces la máxima ayuda norteamericana que pudiese allegar. Es curioso señalar aquí que, cuando la prensa rusa publicaba estas consignas mundiales, la prensa norteamericana, bajo la influencia del Office of War Information, se abstenía de informar a su opinión pública sobre el mensaje de Stalin como política de posguerra. Manifiestamente, el dirigente rusófilo de la Agencia norteamericana, Elmer Davis, creyó que un conocimiento demasiado profundo de las realidades soviéticas conduciría a los ciudadanos norteamericanos a considerar más detenidamente la conveniencia de una actitud de ayuda incondicional, política y económica, al glorioso aliado del Este.

Pero si entonces existió, e incluso hoy mismo sigue existiendo unidad completa en Rusia sobre los fines ulteriores de la política internacional, no sucede lo mismo en cuanto a los medios prácticos que haya que movilizar para atender a tales fines. Se dan diferencias considerables. Por hablar en términos militares, existe consenso general en cuanto a la estrategia; pero se dan divergencias en materia de táctica. Porque esta última no es un dogma leninista. Ha de adaptarse a las condiciones que prevalecen de momento, y ello permite amplios márgenes a la interpretación personal.

Simplificando algo la situación, cabe encontrar en materia táctica dos actitudes fundamentales en el curso de la historia soviética.

La primera podría llamarse la ofensiva leninista. Porque esta actitud fué utilizada por el fundador de la URSS en los años en que ocupó el poder. Siguiendo su carácter, Lenin prefirió la flexibilidad, el oportunismo, en la elección de los medios adecuados. Ciertamente que no ahorró esfuerzos para establecer universalmente los partidos comunistas a sus órdenes y devoción. Pero poseía asimismo el talento práctico para saber que en ciertos países tales esfuerzos serían inútiles. Nunca prisionero de una idea preconcebida, supo abandonar hábilmente a un partido, cuando éste se había mostrado incapaz de convertirse en instrumento eficaz. En más de una oca-

sión, decidió cortar toda ayuda a tal o cual grupo comunista para proporcionar auxilios, con preferencia a sus propios hombres, a un movimiento revolucionario no comunista, sólo porque éste daba la impresión de ser más apto para sumir en el caos a una determinada nación o región del mundo. Porque Lenin creía firmemente que, al fin y a la postre, cualquier desorden serviría a los deseos del Kremlin.

Junto a esta actitud en materia de partidos, Lenin insistió en la importancia de los factores diplomáticos y económicos. Su servicio de política exterior, dirigido por Tchitcherin, operó con flexibilidad y sutileza. El amo de Rusia insistió sin cesar en la necesidad de un cuerpo diplomático de primer orden. Y obtuvo este instrumento eficaz. Ciertamente que no echó en olvido la importancia del Ejército y demostró que una fuerza adecuada es la condición misma de una buena diplomacia. Pero para Lenin, el Ejército fué ante todo el elemento auxiliar del servicio exterior. Este habría de preparar el terreno según sus procedimientos específicos. Los soldados sólo serían llamados en última instancia o para poner fin a la obra cuyos fundamentos habían sido fraguados por el aparato de la diplomacia.

Diferente a esta táctica es la que cabría llamar stalinista, por ser el jefe soviético que primero la utilizó. Tal y como las características del hombre que la creó, se trata de una táctica masiva, tosca, brutal. Ciertamente que supo utilizar asimismo la astucia y el disimulo; pero estas armas no constituían el fundamento principal de su política. Stalin, contrariamente a sus predecesores, intentó la creación universal e incondicional de los partidos comunistas. En general, no aceptó la noción de que existieran países y condiciones que neutralizarían estos intentos. Para Stalin, la organización del partido fué siempre condición primordial del éxito.

Este mismo espíritu inspiró asimismo el concepto staliniano de la diplomacia. Se llegó entonces a un respeto limitado por las posibilidades que proporcionara el juego de los diplomáticos. La diplomacia, de instrumento preponderante en la revolución mundial, se convirtió en auxiliar sujeto a subordinación. Por el contrario, el Ejército se trocó en factor de primerísimo orden. La idea de una revolución universal por medio de la guerra mundial dominó casi obsesivamente su espíritu. La acción combinada del partido y del Ejército fué la armazón fundamental de la ofensiva staliniana. Por estas razones, su táctica se distinguió claramente de la de su predecesor.

* * *

En la historia de la URSS se siguieron otras fases tácticas. En el principio hasta 1924, imperó el período del leninismo. Este período, por sus cualidades de oportunismo, salvó al joven régimen comunista, porque entonces era todavía débil y vulnerable. En un período semejante, una política de fuerza hubiera sido peligrosa, frente a una Europa fuerte todavía. Tras la muerte de Lenin y los disturbios que se sucedieron, comenzó la etapa staliniana. Cabe decir que hasta 1938, este período consistió esencialmente en la preparación del camino a lo venidero. Con la segunda guerra mundial, la ofensiva staliniana alcanzó su máxima potencia. Su auténtica naturaleza, brutal, agresiva, rígida, estaba hecha a la medida de un período extraordinario en el que todo se conmueve y en el que, consecuentemente, quien conoce un objetivo y lo persigue con energía acabará en vencedor. No obstante, hemos de decir objetivamente que Rusia debe antes que nadie al stalinismo sus éxitos extraordinarios: Teherán, Yalta, Potsdam y la conquista de China. Frente a los partidarios indecisos, el dictador del Kremlin llegó a la imposición de la fuerza. Stalin fué quien hizo de su país la segunda gran potencia del mundo.

Pero, terminada la guerra, el propio factor que le había dado la victoria se convertía en desventaja. El exceso de rigidez no halla lugar cuando se han inmovilizado las armas. No es exagerado decir que los excesos de la táctica stalinista frente a Grecia, Turquía y el Irán consolidaron el frente del mundo libre. Y el bloqueo de Berlín, último esfuerzo concentrado de la vida del georgiano, conduciría a ese sistema internacional de alianzas y de seguridad colectiva que se llama Nato, Pacto de Madrid, Pacto de Manila y, por último, Pacto de Bagdad. Frente a la Rusia brutalmente agresiva, se delineaba un frente mundial, que en pocos años podría bloquear, siquiera temporalmente, todos los deseos expansivos de la Unión Soviética. De este modo, la guerra fría se convierte con rapidez en guerra de trincheras, de desgaste, en la que a largo plazo Rusia sufriría más que sus adversarios.

La muerte de Stalin planteó necesariamente una reconsideración de toda la táctica soviética. Porque para los hombres dedicados al ideal de la revolución mundial, nada puede ser peor que encontrarse inmovilizados. El problema que se les planteaba, pues, a los rusos era el de salir de esta situación sin horizonte y volver a una guerra fría de movimiento, que incuestionablemente les será más favorable, sobre todo si se consigue afirmarse y retomar la iniciativa. Los regímenes intermedios—primero, Lavrenty Beria y luego Georgy Malenkov—no tenían suficiente fortaleza para im-

poner una nueva ofensiva. Estaban muy ocupados en consideraciones interiores. Y así fué como, tras la dimisión forzosa de Malenkov y su reemplazo por el binomio Krustchev-Bulganin, se adoptaron nuevas medidas de política general. En cuanto las riendas estuvieron en manos de ambos, se va hacia un retorno a los principios del leninismo, con intención manifiesta de desintegrar el frente enemigo con una ofensiva flexible, más matizada, para liberarse del torniquete que oprime a Rusia y ganar esta libertad de maniobra, condición esencial de toda nueva partida en la dirección de la revolución mundial.

Los acontecimientos posteriores al acceso al poder de los nuevos amos del Kremlin prueban ya que su análisis era cierto. Los estragos del espíritu de Ginebra, el empeoramiento de la situación en el Oriente Medio, las crisis internas en Europa, muy particularmente en Francia y por último en Alemania probaron a los dirigentes soviéticos que, en la hora actual al menos, la táctica leninista era la más efectiva para atender al objetivo común de la revolución mundial. Por supuesto, esta enseñanza debió ser comprendida por los políticos del mundo libre, en lugar de cantar victoria y de dormirse sobre laureles inexistentes.

* * *

Así, pues, los recientes discursos de Moscú tienen su explicación concreta. Hoy día los dirigentes comunistas subrayan los "errores" de Stalin y glorifican a Lenin, para hacer comprender a sus partidarios el profundo sentido de su cambio de táctica. Porque en la Unión Soviética jamás se brindan razones prácticas al gran público. Todo queda traducido a principios doctrinarios, a declaraciones casi teológicas. De este modo se evita alarmar a un mundo que, por lo demás, no repara en que está equivocado.

Esta fase de la ofensiva soviética es peligrosa. Porque hemos de hacer frente a los nuevos hombres, a los planes nuevos, a una novísima propaganda. Nuestros viejos sistemas defensivos hace tiempo que están en desuso. Nosotros mismos hemos de expresarnos en términos distintos a los que conocíamos en el pasado. Cosa bien difícil en un mundo que nunca está unido y gusta discutir eternamente mientras el enemigo toma decisiones activas.

En todos los casos, una cosa debería estar clara a todo hombre de sentido común. Las declaraciones de Krustchev y de Bulganin no significan en modo alguno un cambio de objetivos. La Rusia

de 1956 aspira igualmente al ideal de la revolución mundial, como la de Yalta y la del bloqueo de Berlín. El nuevo tono sólo tiene una pretensión: facilitar la expansión del comunismo. Sería locura trágica no ver que la voluntad agresiva del Kremlin no ha desaparecido, aunque, en las consideraciones meramente prácticas, cambie la elección de los medios. El mundo actual, a pesar de las sonrisas de Bulganin, se encuentra hoy tan en peligro como en los tiempos en que Stalin lo amenazaba con sus tanques y aviones.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO *

La Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, de Santander, no es solamente una invitación al diálogo de los intelectuales, sino que constituye también una serie de aportaciones al estudio de los grandes problemas de la sociedad moderna. En este sentido, el análisis detenido o la solución feliz propuesta a cuestiones diversas, no queda limitado al breve compromiso de la cita estival, sino que se mantiene y continúa al quedar recogidos los trabajos e intervenciones más interesantes, formando los volúmenes de la colección Problemas Contemporáneos de Ediciones Cultura Hispánica.

Los libros de esta colección son, por tanto, poseedores de un gran interés, como testimonio de una preocupación nacional en torno a ciertos temas y como balance del esfuerzo desarrollado por la Universidad Internacional en orden a su planteamiento, estudio y solución.

Los tomos aparecidos en 1955 dan fe de la existencia de tres grandes preocupaciones, que, si bien fueron estudiadas en el ámbito nacional en el que se reflejaban, son, por muchos motivos, cuestiones que atraen la atención de la casi totalidad de la sociedad moderna, recogiendo las líneas generales dentro de las cuales se trataron y discutieron estos problemas.

El primero de los volúmenes, aparecido en los días iniciales

* Los últimos títulos aparecidos en la colección Problemas Contemporáneos, de Ediciones Cultura Hispánica, recogen las ponencias y discusiones desarrolladas en la Universidad Internacional de Santander acerca de "La educación en una sociedad de masas", "Aspectos actuales del catolicismo español", y la "Milicia como tema de nuestro tiempo".